camino para un artista, desde el punto de vista práctico.

Así, por ejemplo, en el extraordinario prólogo de *La gaceta negra*, publicada en español en Buenos Aires, nos dice que sus personajes "son, más bien que los seres físicos que aparecen en la anécdota, algunos temas morales que se corporizan en los seres físicos como temas musicales". En efecto, las heroínas de casi todas sus novelas se parecen mucho unas a otras, casi puede decirse que no son sino variaciones de un mismo tema moral — pero tan musical al mismo tiempo; son como una serie de intentos de esclarecer una misma experiencia; pero esta experiencia es tan profunda y viva, tan sincera y real, y su tratamiento siempre tan inteligente y al mismo tiempo tan sensible, y sobre todo hay en él tanta y tan verdadera atención, que, lejos de fatigarnos, nos sigue iluminando sin cesar.

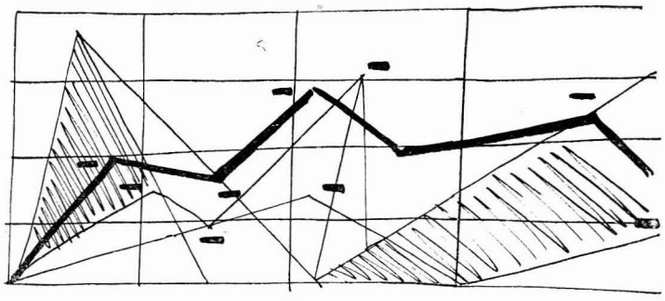
También desde un punto de vista exterior la construcción de sus novelas es simple y sin alardes. *Piedad contra piedad*, por ejemplo, está constituída por una serie de conversaciones, o más bien de parlamentos exageradamente largos. Sin embargo, este artificio es voluntariamente tan simple y visible, que no pretende ni por un momento envolvernos en su engaño, crearnos una ilusión artística con vistas a un placer intelectual y siempre un poco frívolo, sino que desaparece honradamente por sí mismo, como sucede por ejemplo en las pequeñas novelas intercaladas en el *Quijote*. El mismo nos dice en el prólogo ya citado: "lo menos importante en mis obras es un problema de índole artística, y no lamento sacrificar parcialmente mi fantasía al propósito de documentarme a mí mismo".

Esta manera de enfocar los problemas de la existencia —el del bien y el mal, por ejemplo, en Piovene—, desdeñando un poco los virtuosismos formales a fin de poner más de nosotros mismos en esos contenidos en los que nuestra vida está literalmente empeñada, me parece típica de las mejores corrientes de nuestra época. Y sin embargo, desilusiona a algunos que siguen creyendo que la última palabra consiste en las violentas distorsiones estilísticas con que hace 30 años estaba de moda poner a prueba nuestra adaptabilidad a las novedades; y que ignoran la lección, por ejemplo, de Camus, del mismo Sartre, de toda esta generación italiana y de tantos otros que, en nuestro tiempo, no se ocupan ya de ser tan "artísticos", entre otras cosas porque no son ya las novedades lo que les interesa — ni el arte como cosa aparte, como placer o distracción (por complicada que sea). Al contrario, el arte es para ellos precisamente la manera de no distraerse.

Pioviene es uno de esos escritores actuales que se apartan cada vez más del "hallazgo" para perseguir algo más profundo: un encuentro; que en lugar de dedicarse a la caza de hallazgos que, como todas las cazas, tienen algo de deporte, de coleccionismo y de aventuras sin compromisos, salen valientemente al encuentro de sí mismos y de las raíces más hondas de su vida. La fisonomía de un arte es la fisonomía de una atención, y creo que en los últimos años es discernible una corriente cuya atención no es ya una atención curiosa, fragmentaria, brillante, sino más bien una atención continuada y seria, una atención que considera su fidelidad como su más valioso rasgo. Esta corriente es la de esos artistas que en caso extremo prefieren ser fieles a sí mismos a ser fieles a su arte; que *atienden* antes a sus problemas de criaturas que a los problemas del arte; y no, como ha sucedido a veces, porque desdeñen alegremente la seriedad en el arte, sino precisamente porque les parece que esta seriedad, y el arte todo por lo demás, no tiene más sentido que expresar, fundar e ilustrar la sustancia de esas criaturas.

Esto es lo que Piovene expone, con esa maestría que sólo da la veracidad, en el prólogo de *La gaceta negra*. Y esto es lo que ha hecho, a su manera y en su terreno, a través de toda su obra. Esa moral que impregna musicalmente todas sus novelas, y que a Carlo Bo le parece un poco fácil, es sin embargo la entrañable moral que se desprende de la vida de un hombre, una moral bebida día a día en la existencia en la tierra, sin ilusiones ni especulación descarnada, pero con la más honesta y viril atención. "No veo en el mundo nada bueno que no sea un acto de dominio sobre la muerte y la desventura", nos dice. Y esto: lo bueno y lo malo que se ve en el mundo, es lo único que le absorbe, y con él a sus personajes. Y entonces no puede importarnos mucho que el autor no se detenga demasiado a entregarnos una vistosa envoltura psicológica de estos personajes, puesto que ellos solos se organizan desde su centro más vivo y profundo, desde su alma que es más que su "carácter", para ofrecernos la carne viva de su existencia, que es carne moral y metafísica. Porque a Piovene no le interesa deslumbrarnos con su arte, sino únicamente estar atento por medio de él, y al mismo tiempo hacernos participar a nosotros de esa atención a algo que ha visto, que ha entendido en esta vida, y que le parece como su melodía profunda. Por eso sus personajes encuentran debatiéndose en las sombras su poco de sustancia luminosa, porque lo que Piovene ha visto y a lo que ha atendido, es que la virtud está hecha de "materia vil", pero no por ello es "menos resplandeciente". Y porque —nos dice— "no he conocido uniones dignas de existir sino entre almas discordes que bajo el soplo impetuoso de un viento blanco se unen precariamente, castigando así a la muerte que las invade".

LIBROS



LAS INVERSIONES EXTRANJERAS Y EL DESARROLLO NACIONAL

Por Mario PUGA

EL Ingeniero don José Domingo Lavín ha planteado con un importante libro que acaba de entrar en circulación,[1] el fundamental problema del destino económico de los países de América Latina. Aunque la discusión se basa en la experiencia histórica de México, en diversas partes de su obra trae a colación oportunas referencias a las economías de otros países del Continente, que complementan el cuadro general del estado económico de nuestros pueblos iberoamericanos.

¿Por qué consideramos importante esta obra? Baste decir que es un libro que ocupará lugar destacado y permanente en la no abundante bibliografía sobre el problema económico nacional, por su valentía de expresión, la argumentación bien ceñida a los elementos de hecho, y el rigor lógico de su desarrollo.

Economía semicolonial

La primera nota que destaca es la sinceridad y franqueza del lenguaje. Apoyado en el estudio de la teoría económica del capitalismo, se decide contra la posición del viejo sistema engendrado y protegido por el liberalismo. Sus doctrinas, que contrastan con la realidad actual de un mundo ocupado por grandes economías imperiales, que absorben las reservas y energías de los pueblos de la periferia, han sido hasta ahora los vehículos de la expansión de aquellas y del rezago de las economías explotadas. Al amparo de las doctrinas económicas del liberalismo se ha producido la experiencia de México —y decimos con ésto, de América Latina— desde los días de su independencia hasta el presente. Estas doctrinas, no obstante que no las práctica en forma alguna Estados Unidos, preceden a los movimientos de expansión del capital norteamericano excedente.

México, afirma el autor, es un país de economía colonial, no obstante los aparentes desarrollos realizados desde la Revolución de 1910 y, notablemente, durante el gobierno del general Cárdenas. Es colonial: 1) porque durante casi un si-

glo se siguió la política de entregar los recursos naturales al capital extranjero; 2) porque se dieron en concesiones y en explotación monopólica los servicios públicos fundamentales; 3) se ha permitido y se mantiene aún, la libertad de explotación de las riquezas naturales, determinando una progresiva descapitalización del país; 4) la admisión incontrolada del capital extranjero y el proceso de descapitalización del país, explican y determinan la escasez de capitales nacionales. Todo esto se manifiesta como una balanza de pagos de crónico desequilibrio, con saldo deficitario y en la dependencia de la economía mexicana de los mercados exteriores, en sus cuatro quintas partes, del de Estados Unidos.

La descapitalización

Como México, América Latina es explotada intensivamente en sus recursos naturales, en medida que beneficia a las empresas extranjeras, perjudicando al país explotado. La explotación de las reservas de materias primas, ha determinado la deformación de las estructuras económicas y, por ende, del aparato político-jurídico nacional. A la economía colonial sigue una organización política y legal coloniales, adaptándose a propiciar el aumento de la dependencia económica de nuestros países. Para ello, la libertad de cambio, el libre movimiento de capitales, es el mejor vehículo. El resultado anual de las cuentas internacionales hace inevitable una salida cuantiosa de recursos mexicanos, en pago de capitales, importaciones de maquinarias y artículos de consumo, y por los servicios de intereses, dividendos y demás que originan los créditos y las inversiones que recibió el país.

No existiendo topes, el principio elemental y no discutido de los vasos comunicantes funciona sin dificultades: la corriente de los capitales, que llegaron a México como motores económicos, se desplaza rápidamente hacia el exterior en forma de utilidades muy altas, pago de intereses y servicios al país de origen del inversionista.

La descapitalización es absoluta, cuando efectivamente el país pierde parte de su inventario de capital físico; o relativa, si la salida de utilidades y los servicios de los préstamos permiten un desarrollo del capital total de la nación, sólo inferior al crecimiento de la población misma y sus necesidades. La descapitalización se traduce en la pauperización progresiva de los pueblos explotados.

El capitalismo planeado

México está ante una grave disyuntiva, como frente a una encrucijada está toda la América indohispánica: acepta su destino colonial y entonces persiste en sus prácticas liberales; o se rebela contra ese supuesto destino histórico y asume en sus propias manos la construcción de su economía nacional. Paradógicamente, a una aspiración nacional de emancipación económica que es inocultable en todo el Continente desde la Primera Guerra Mundial, y desde 1910 en México, corresponden conductas políticas que perpetúan el colonianismo. De acuerdo con el autor "la tendenciosa propaganda de que el capital no tiene nacionalidad" contribuye a esta paradoja. Porque al tiempo que alienta el ingreso incontrolado de capital extranjero —con el efecto de descapitalizar al país explotado—, crea condiciones de desventaja para el capitalismo nacional deprimido por la competencia exterior.

Ante el desarrollo imperial del capitalismo, el autor propone, como solución, que se adopte una política y una conducta nacionales tendientes a crear una verdadera democracia capitalista. Este sería un capitalismo nacional, protegido por medidas económicas, fiscales y políticas destinadas a impedir la competencia desleal, el dumping, la evasión de recursos, la operación monopólica exterior, etc., que perjudican y retrasan el desarrollo de la empresa nacional. Pone por encima del interés privado del empresario, el interés de la sociedad misma como un todo. Este sería un capitalismo protegido, planeado y democrático.

Pero, nos preguntamos, ¿es posible llegar a este resultado que propone el Ingeniero Lavín? La experiencia histórica de Estados Unidos, indica que, no obstante las políticas adoptadas, el proceso capitalista desarrolla sus consecuencias y pasa necesariamente de una producción en mercado abierto a otra en mercado cerrado; de la empresa libre a la gran empresa, monopólica, controlada por grupos de vastos intereses. Tras de la etapa heroica del capitalismo de la libre competencia, de la política de puertas abiertas y de mercados sin barreras, llega la política de control, de exclusión y protección.

La democracia ha sido la nodriza del capitalismo; es todavía necesario para el desarrollo económico. Pero una vez desarrollado el capitalismo, la democracia cede su lugar a la plutocracia, el gobierno erigido por los clanes de empresarios, hombres de negocios y grandes comisionistas.

De acuerdo con el autor, México, como América Latina, debe emprender un camino definido hacia su emancipación económica. Porque una verdadera soberanía nacional solo existe en la medida en que existe la soberanía económica.

1 José Domingo Lavín, *Inversiones extranjeras*. Colección de temas económicos y políticos contemporáneos. E.D.I.A.P.S.A. México, 1954. 425 pp.

James Jeans, *Historia de la Física*. Breviario, 84. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. 417 pp.

Una labor especialmente difícil es reproducir en un compendio la vida de lo que, al través de tantos siglos, ha sido la Física. Cuando se va, como en este breviario de Jeans, de las primitivas explicaciones de los equinoccios y de los eclipses a la moderna teoría de los Quanta (precedida por una explicación sucinta de la teoría cinética de los gases (siglo XIX) y completada con una rápida excursión por los descubrimientos de Planck, Bohr, Heisenberg, Born, Jordan, De Broglie, Schrödinger y Dirac), la empresa, además de las dificultades inherentes a todo opúsculo sintético, se torna complicada en grado máximo dado el género científico de que se trata. De la teoría de la transmigración de las almas que defendía la fraternidad pitagórica de Crotona a la Mecánica de las Matrices, aparece tal número de vicisitudes históricas que sólo un ojo experto y ordenador es capaz de hacer un cosmos de este caos. Jeans ha sabido no sólo compendiar con inteligencia este abundantísimo material, sino que lo ha podido presentar de una manera asequible al lector que, sin ser especialista, se interesa por esta clase de problemas que conmueven en particular a nuestro siglo.

E. G. R.

José Antonio Portuondo, *El heroísmo intelectual*. Fondo de Cultura Económica. México, 1955. 170 pp.

José Antonio Portuondo, nos entrega una importante obra de crítica literaria. No es una crítica desde "arriba", al ras de la espuma, con los dedos ensortijados por una valoración meramente estética, sino que, como indica el título de los once ensayos que forman este volumen, es una "heroica" crítica intelectual que consiste, para decirlo con palabras del autor, en "mirar de frente la realidad en crisis, cuando resulta a veces más cómodo y siempre menos riesgoso escamotearla tras la alusión oscura o la evasión formalista".

En este libro, donde se tratan multitud de problemas, donde se salta de un análisis de la obra del escritor italiano Leo Ferrero, al cuento hispanoamericano, donde, en fin, hay un buen número de estudios y referencias que comprenden a nuestros mejores escritores americanos, se advierte una clara conciencia de la separación, "en esta desajustada Pre-historia que estamos viviendo", de la realidad americana y su literatura.

La copiosa información, el correcto punto de vista para enfocar los problemas literarios, la justipreciación de la mayor parte de los escritores que tienen vigencia en nuestra América, hacen de este libro un breviario único para iniciar un serio estudio de gran número de temas literarios actuales. Su análisis de las literaturas contemporáneas de otras lenguas, del italiano, del inglés, revelan un gran conocimiento, no sólo importante por la extensión, sino por la tensión, por el calor con que destaca las cualidades humanas y literarias de cada escritor y por la pasión con que denuncia las traiciones, las incomprensiones o los retorcimientos "exquisitos" de multitud de prominentes hombres de pluma.

E. G. R.

Juan Díaz Covarrubias, *El Diablo en México*. Prólogo de Pedro Frank de Andrea. Biblioteca Mínima Mexicana, 4. Ediciones Libro-Mex. México, 1955. 136 pp.

El prólogo que aúna la sensibilidad y el método, prepara a los lectores mediante una síntesis de la vida y la obra de Díaz Covarrubias, para un goce activo de esta obra, cuyos méritos aunque muchos, requieren una presentación histórica para ser justamente apreciados. De esto se encarga Pedro Frank de Andrea, quien se ha constituído en un entusiasta animador de las letras patrias. La Biblioteca Mínima Mexicana se ha propuesto presentar las obras de los autores mexicanos más representativos, de hoy y de ayer, en beneficio de la mayoría de los lectores. En el presente caso, se hace patente la meritoria labor editorial, ya que *El diablo en México* no se había reimpreso aproximadamente desde hace un siglo.

Juan Díaz Covarrubias conoció en muy poco tiempo